

Doctor Jorge Carpizo Mac Gregor

Querido Jorge:

Las amistades que se conservan en el tiempo, superando avatares y unidas por puentes, pese a los caminos distintos de cada quien, un día nos regresan el bien supremo de un episodio olvidado.

Te comento que quise primeramente escribir sobre la manifestación que encabezó el rector Javier Barros Sierra durante el movimiento estudiantil de 1968 como protesta por el “bazukazo” contra la puerta centenaria de la Escuela Nacional Preparatoria. Aquella tarde pasé por ti y fuimos a recoger al maestro Mario de la Cueva, en cuyo paso lento, en momentos de congoja, resplandecía su grandeza universitaria. Acompañaron al rector al frente de la marcha, personalidades de la talla de Fernando Solana y Pablo González Casanova. Aprovecho para mencionar que encontrándote dos años después en Londres, don Pablo, ya entonces rector, te mandó llamar para que ocuparas la Subdirección Jurídica de la Oficina del Abogado General. De esa manera dio inicio tu fulgurante carrera en la Universidad, que culminaría como rector y como investigador emérito de nuestra máxima casa de estudios.

Pretendí aglutinar durante el relato de la memorable manifestación diversos sucesos vividos de julio a octubre. Me enredé en el intento, y ese ensayo quedará tal vez para una ocasión posterior. Sólo muy de pasada traigo ahora a cuenta algunos incidentes: las peripecias de Diego Valadés, que estuvo muy comprometido con el movimiento en la Facultad de Derecho, y cuya casa, la de su padre, el historiador José C. Valadés, fue rodeada un día por el ejército, acorde con los desplantes represivos que surcaban al país; la detención del doctor Modesto Seara Vázquez —cuya influencia me llevó al derecho internacional, y de quien fuiste alumno dilecto—, la policía judicial lo conminó a que se retractara de los desplegados que había firmado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales so pena de ser expulsado del país; repuso enfáticamente: “si salí de España por la dictadura, estoy dispuesto a dejar México”. Recuerdo también la ocupación de la Ciudad Universitaria por el ejército y los testimonios de amigos como Jorge Moreno Collado y Gabriel Zorrilla Martínez. Por cierto, el rumor de la ocupación había co-

rrido insistentemente, y una noche el maestro De la Cueva, que aspiraba a ser detenido en tan afrentosa circunstancia como una protesta personal, se trasladó al campus con el pijama bajo el traje sólo para sufrir la decepción de que la amenaza continuaba latente. Vivimos, sufrimos ese pesaroso tiempo, y tal como lo señalé en mayo de 2010, en el discurso que pronuncié con motivo del setenta aniversario del Instituto de Investigaciones Jurídicas, nos marcó existencialmente y orientó nuestros estudios y afanes con un sentido social en aras del cambio democrático y de la superación de la desigualdad desde entonces ofensiva.

La anécdota que quiero referir tuvo lugar en Londres. Habíamos llegado a Inglaterra favorecidos con una beca del programa de Formación de Profesores, implantado por la UNAM en tiempos de Barros Sierra, tendente a levantar un plantel de profesores e investigadores de carrera. Fuimos muchos los beneficiarios de ese programa en las más variadas ramas del saber. Por un lado, permitió constituir un plantel de académicos de tiempo completo, y por el otro nos brindó el medio para vivir esa experiencia definitiva en nuestra formación profesional y humana, a la que —lo digo con plena convicción— hemos correspondido con lealtad. Imposible dejar de mencionar a quienes influyeron decididamente para la concesión de las becas: Rubén Bonifaz Nuño, coordinador de Humanidades; Héctor Fix-Zamudio, director del Instituto, y Miguel González Avelar, muy joven director general del Profesorado. Otro nombre infaltable, definitivo, en los dados del destino, es el de Anthony Jolowicz, profesor de la Universidad de Cambridge, hombre de benigno corazón que realizó dos estancias académicas en el Instituto. Un día nos aconsejó que fuéramos a estudiar a Inglaterra. Dada tu querencia constitucionalista, opinó que la opción ideal sería la London School of Economics; en mi caso, aspirante a internacionalista, aseveró contundente y certero que el mejor lugar del mundo para estudiar derecho internacional era la propia Universidad de Cambridge, y me ayudó a ingresar al Trinity College. ¡Vaya privilegio! Cuando fuiste rector, la Universidad Nacional Autónoma de México le concedió a Tony Jolowicz el Doctorado *Honoris Causae*. Pues bien, por allí anduvimos, en compañía de otros amigos (Jorge Montaña, José Francisco Ruiz Massieu y Edmundo González Llaca). A no dudar, recuerdas la cena que Edmundo organizó en su departamento de Cambridge para Octavio Paz, que había llegado a ocupar la Cátedra Simón Bolívar en la Universidad.

Una vez al mes iba yo de Cambridge a Londres en esos trenes que en el recuerdo traquetean casi musicalmente al atravesar la hipnotizante campiña inglesa. En una ocasión te visité en la residencia universitaria de

Tavistock Square y te encontré profundamente emocionado. Recién habías concluido la lectura de un cuento de ¿Somerset Maughan?, no recuerdo a ciencia cierta el autor. Lo que sí tengo presente es que era la historia de un pescador llamado Lorenzo. El personaje había estado comprometido en su juventud con una muchacha, el amor de su vida; pero él enfermó, con la consecuente ruptura y decepción. Con los años contrajo nupcias, y se le veía a la orilla del mar bañando a sus hijos con sus manos largas y huesudas. El autor finalizaba súbitamente el relato y preguntaba al lector si se había percatado de que Lorenzo el pescador poseía la cualidad más grande que puede tener una persona: la bondad.

Cuando nos llega al alma un mensaje es porque de alguna manera nos vemos reflejados en él. Son muchos los testimonios, inagotables, dentro de tu familia, a la que has profesado devoción, y extendidos por parte de tus profesores, amigos, compañeros y colegas, sobre tu generosidad, a veces oculta por la rigidez que imponen los puestos, las responsabilidades y las preocupaciones, y que, sin embargo, en tu andanza es nota distintiva. Desde los tiempos juveniles de la Facultad tu departamento en la calle de Xochicalco de la colonia Narvarte tuvo las puertas abiertas con la recepción magnífica de tus padres, a quienes hoy dedico una recordación emocionada, Óscar y Olga, junto con la asistencia doméstica de Mary. A la mesa, célebre por su esplendidez, lo mismo se sentaban un rector, un director, profesores egregios, que varios de los más sencillos de tus compañeros. En aquellos años primigenios invitaste en una ocasión a todo el personal del Instituto, académicos, administrativos y becarios, a un desayuno, miembros todos de una comunidad verdadera, tu hogar, y del cual hace meses te escuché decir que es el mejor lugar en México para trabajar.

Rescato esta faceta tuya porque avanzado el kilometraje la vida ha transcurrido, pero ha pasado para bien. Las hazañas curriculares de algún modo se engrandecen, pero a la vez palidecen en las introspecciones profundas que motiva la edad, y hay que ir, como dice el poema de León Felipe, “ligero, siempre ligero”, tan sólo cargando en el morral las actitudes básicas y esenciales, sobre todo porque de las personas mencionadas en esta carta recibimos palmadas de afecto, manos generosas nos ayudaron en el camino, palabras de aliento, ejemplos estelares. Hemos sido privilegiados por haber convivido con ellos y con tantas y tantas gentes que como el pescador Lorenzo han tenido la mayor cualidad que puede ostentar una persona.

En el veinte aniversario de tu designación como ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (“Un día todos sabemos hacer justicia, lo mismo que la hizo el Rey Hebreo, la hizo Sancho el Escudero y el villano

Pedro Crespo...”, nuevamente León Felipe) hago votos por tu bienestar y ventura personal y por que continúes, como lo dijo otro de los grandes de la Facultad de Derecho, Raúl Cervantes Ahumada, cumpliendo “con el ético proverbio de ajustar la vida al pensamiento”.

Ricardo MÉNDEZ-SILVA\*

\* Investigador en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.